

MÓNICA HERNÁNDEZ

La
COFRADÍA
de las
VIUDAS

m̄r

© 2022, Mónica Hernández

Diseño e ilustración de portada: Eduardo Ramón Trejo
Fotografía de Mónica Hernández: cortesía de la autora

Derechos reservados

© 2022, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial PLANETA M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111,
Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en formato epub: abril de 2022
ISBN: 978-607-07-8537-5

Primera edición impresa en México: abril de 2022
ISBN: 978-607-07-8497-2

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.
Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México
Impreso y hecho en México – *Printed and made in Mexico*

UNO

1640

El mensajero había llegado después de la hora de la comida, con un recado que no esperaba recibir; al menos no tan pronto. La mujer resopló mientras se cubría las pecas con el polvo de cerusa. Aquellas salpicaduras en la cara le habían dado tantos problemas en su vida que ponerse el ungüento dos veces al día se había convertido en un ritual.

El potingue olía agrio, por el vinagre, pero era el precio que debía pagar por cubrir aquellas infames pecas. Pecados, insinuaba el confesor; que por algo el vocablo *pecas* era el mismo de *pecar* y *pecado*, y no cabía la duda, le insistía. Las manchas en la piel eran debilidades, faltas y culpas que se llevaban en la cara, incluso aquellas que se cometieran con el pensamiento, sobre el que Ana sabía que no tenía ningún control. Era una pecadora, sí, pero no podía ir anunciándolo por la calle y, por fuerza de la costumbre, ya ni a solas, dentro de su casa.

Se miró en el espejo de frente, de un lado y después del otro. La pomada había quedado bien difuminada y sin manchas blancuzcas cerca de la raíz del cabello que, para terminar de enviarla directo al infierno, tenía una tonalidad rojiza, aunque, alabado fuera Dios, se había ido convirtiendo en castaño con el paso de los años.

Se retiró la bata que se ponía para acicalarse y no ensuciar el corpiño ni la falda. Se había empolvado y ahora se perfu-

maría de nuevo para salir al recado. Las palabras del mensajero volvieron a resonar dentro de su cabeza. *Velorio*.

La mujer se levantó, se dirigió hacia una cómoda de madera con incrustaciones de palo de rosa que se recargaba contra la pared y abrió el cajón superior. Dentro estaban sus cuellos blancos, bien acomodados. Algunos eran de encaje, otros de punta, otros de bolillo y uno más, de suave piel de conejo blanco para los meses fríos. También había puños, bien acomodados unos al lado de los otros, en el cajón que se abría al lado del primero. Su siguiente ajuar sería de puntas de randa, a ocho maravedís la vara, por si acaso la invitaban a algún sarao en el Palacio Virreinal, para cuando llegara la nueva virreina a la ciudad.

Miró los cuellos sin decidirse. ¿Cuál sería el más adecuado para un velorio? Hacía años que vestía de negro y, como viuda, solo se le permitía la coquetería alrededor del cuello y de las muñecas, toda vez que había concluido su año de luto.

«Así que entre blanco y blanco... creo que elegiré el blanco», se dijo, sonriendo. El color sin color era aceptado en los velorios y en las viudas, siempre que fuera discreto y sin más abalorios que un collar de perlas. Ana era afortunada porque tenía dos: uno, regalo del difunto marido, y otro, heredado de su madre. Nada mal.

Había días en los que fantaseaba con usar color en sus sayas, basquiñas, jubones y mangas. Pero era el mismo negro el que usaba para cinturas, barbones y puntas. Tenía un corpiño de terciopelo guarnecido con ribetes de raso y otro de tafetán, que no sabía si habrían cogido polilla en el fondo del arcón, aliados silenciosos de tres fajas y dos faldellines. También escondía un corpiño de terciopelo verde, del que se había negado a desprenderse. Había llegado a blasfemar porque quería que la enterraran con esa pieza, ya que le traía los recuerdos más amables de su vida.

Color cueva de lobo, noche sin luna, pozo sin fondo, ave de mal agüero, boca llena de odio y conciencia de confesor... Ana encontraba nombres para llamar al color negro, ese que la definía ante los demás, pero que ella se negaba a que la definiera. Ana era más, mucho más, que una viuda del montón. Por si el agravio fuera poco, la obligación de usar ese odiado color se la debía a un antiguo decreto dictado por un distante, ajeno y ya difunto rey de España. El muy cabrón había tenido a bien decretar que el color del duelo, si a eso se le podía llamar *color*, debía ser el negro. Sabía que cuando muriera la vestirían con un sayo de monja, así que al menos debía disfrutar de las escasas opciones que le quedaban para no deprimirse por su vestimenta mientras viviera. Se consolaba pensando que nadie la escuchaba cuando arremetía contra el color de su destino. También con el hecho —comprobado— de que su conciencia no hablaba en voz alta. Y con la certeza de que nadie podía saber si encargaba más vestidos o más telas, porque todas eran del mismo aburrido color. Ella sabía que tenía más vestidos de los que necesitaba. Y los usaría, porque si no lo hacía, sentía que perdía un brazo. Se aferraba a lo poco que le quedaba de juventud, porque tenía treinta años y comenzaba a convertirse en una vieja. Había días que creía que no lo soportaría y que terminaría con su vida cuando se enfrentara con una arruga en su cara o un cabello blanco sobre su cabeza.

De momento, y mirándose de nuevo en el vidrio con fondo de plata, agradeció mentalmente que aquel día tampoco estuviera destinado a ser el designado para conocer el más allá. Se mantenía a flote con lo que ella llamaba *coquetería*. Y gracias a que todo era negro, ni el confesor podría acusarla de pecar de vanidad. «Pero», se dijo mientras amarraba las cintas del collar de algodón bordado frente al espejo, «si no tengo vanidad, ¿qué me queda?».

Después de perfumarse con el agua de flores de naranjo que destilaban las monjas del vecino convento de Santa Catalina, Ana pidió a su criada que la acompañara a dar el pésame. A punto de salir, volvió sobre sus pasos y abrió la puerta del taller, que ocupaba el lado derecho de la casa, cruzando un patio lleno de macetas con flores. Los tres oficiales que trabajaban para ella la saludaron, esperando alguna indicación. Estaban acostumbrados a la patrona y a su manera de hacer, a pesar de haber tenido un comienzo difícil.

La mujer pasó la vista sobre las dos mesas y la única prensa que tenía. No era mucho, pero sí lo suficiente para vivir como le gustaba. Y Ana de Herrera vivía bien. Nada le sobraba, pero tampoco nada le faltaba. Cuando quería, se sentaba frente a la única ventana del taller y se pasaba el día calcando sobre placas de cobre, con un punzón, los dibujos que previamente había trazado en un papel con carboncillo, para luego, con mucha paciencia y pericia, presionarlas contra una plancha de madera y plomo que después serviría para imprimir las imágenes de santos y Vírgenes en cuanto misal, catecismo y calendario se requiriera.

Había aprendido a dibujar siendo muy joven, cuando sus manos eran aún pequeñas y las labores de la cocina y las agujas la habían aburrido. Su padre, como castigo por alguna tontería que hizo y que ya había olvidado, la mandó al taller a trabajar con los punzones, y al hacerlo descubrió, con placer, que aquello la calmaba y al mismo tiempo le quitaba el sueño. Se sentía poderosa haciendo surcos en el cobre, modificando a su gusto las hieráticas caras de los dolientes santos que iba copiando. Sentir la superficie lisa moldearse bajo la presión de sus dedos le había dado una sensación de control que no sabía que podía disfrutar al grado de convertirse en pecado. Su padre se había horrorizado al enterarse de la afi-

ción de su hija, pues para casarla debía encontrar un hombre que la convirtiera en una mujer decente y al mismo tiempo aceptara a una vulgar artesana como prometida, además de una buena dote. Ana sonrió al recordar el asunto de la decencia y los gritos de su padre, mientras acariciaba los punzones y martillos con la mirada. Diego, el intrépido pretendiente, nunca le había ocultado que el interés tras su matrimonio era la herencia que ella pudiera recibir de su padre. Tampoco la mantuvo ignorante sobre lo que pensaba de ella y de su extraña afición. Ana suspiró, girándose hacia la salida. Había días, como aquel, que le dedicaba cinco minutos a pensar en todo aquello y solo podía estar agradecida con Dios y con la vida. De alguna manera, Diego se lo había puesto fácil. Con él siempre había sabido qué esperar y su vida de casada transcurrió sin sorpresas. No hubo amor, pero tampoco desprecio. No tuvo ilusiones, pero tampoco decepciones importantes. Excepto el hecho de que no la convirtiera en madre. Dios no la bendijo con un hijo que le hiciera compañía mientras envejecía, o eso pensaba ella. Suerte para Ana que el esposo fuera tan solo un opaco recuerdo que rara vez evocaba.

Se detuvo en el arco de la puerta y miró a los trabajadores. El cajista acomodaba tipos en la caja y rellenaba los huecos con cuadros lisos donde después se colocarían las ilustraciones impresas a mano, una a una, alrededor de las cuales se prensaban palabras escritas al revés. Era para volverse bizco.

—Quizá por la tarde pueda venir un rato al taller. Continúen con la impresión de los calendarios. Queden con Dios.

—Como mande la señora. —El oficial y los dos aprendices asintieron.

Ana sabía que estaban acostumbrados, a regañadientes, era verdad, al horario desordenado en que ella trabajaba y a que les comentara las cosas como si fuera la señora de la casa, no la patrona, la dueña de todo lo que les rodeaba. Los había sorprendido una vez hablando de ella a sus espaldas: de-

cían que les parecía más un familiar dándoles órdenes, una tía limpiando el taller, una madre enviándoles a comer, que una impresora. Había semanas que no entraba ni un día al taller ni se sentaba delante de la mesa llena de punzones y placas, y otros en que los sorprendía con que había trabajado toda la noche, terminando la cara de una Virgen, de un santo o de un arco triunfal. Con ella nunca se sabía, y a Ana le gustaba que fuera así. Les pagaba bien y a tiempo, y por si fuera poco, los dejaba dormir en la habitación de la entrada, donde guardaban el papel y los enseres. Les daba ropa y zapatos una vez al año y comida caliente todos los días. Y podían aprender y dominar el oficio, algo que los aprendices debían agradecer. Le gustaba provocar a los demás con el caos en los horarios y con sus ocurrencias, porque al hacerlo su cuerpo experimentaba la misma sensación de poder que cuando trazaba grabados en las placas. Le pasaba lo mismo cuando planchaba ropa, porque al hacer desaparecer las arrugas en las telas almidonadas con una plancha llena de carbones al rojo, sentía que el pecho se le ensanchaba. Lo hacía ella sola con sus manos.

*

Ya en el portón que daba a la calle y con mucha paciencia, la viuda se colocó el velo de encaje negro sobre la cabeza. No pudo evitar sonreír. Vestirse así equivalía a usar un hábito, por decirlo de alguna manera. No se había decidido a llevar uno porque creía firmemente que después del hábito seguiría la clausura. Y Ana de Herrera no tenía entre sus planes enterrarse en vida dentro de las paredes de un convento, a rezar y preparar dulces. A fin de cuentas, se pusiera lo que se pusiera, parecía un retrato, de esos que colgaban en el salón oscuro de su casa. Sabía que la consideraban extraña y un poco excéntrica, idea que ella alimentaba. Le daba un ardite la decoración de su casa: los muebles eran viejos, heredados

de su padre, lo mismo que la casa. Ni siquiera los había cambiado nunca de lugar. Tampoco había cambiado las cortinas, pero sí los visillos, que terminaron por deshilacharse alguna vez. O dos. Apenas entraba luz en aquella habitación, pero ella no pasaba su tiempo sentada en ese lugar, ni cosiendo ni bordando, y casi no recibía visitas, excepto a sus «compañeras de viaje», como las llamaba, a las que pronto y con toda seguridad, vería. Las campanadas del convento vecino marcaron los cuartos. Otra vez llegaría tarde, como siempre. Nunca sabía cómo se las ingeniaba para retrasarse. Quizá era solo que le gustaba hacer las cosas con calma, sin presiones de ningún tipo. Sonrió pensando que tal vez también llegaría tarde a su propio velorio.

*

La casa marcada con el número 6 de la calle de San Agustín quedaba a escasas cinco calles de la suya y se alzaba como la única construcción de dos plantas, si se exceptuaba el templo cercano. A un costado del lugar se alcanzaba a ver un solar que debía formar parte del huerto o quizá del corral del convento. Del otro lado de la calle se encontraba una construcción antigua y ladeada, seguramente por el efecto de algún movimiento de tierra, y que, a juzgar por las macetas con geranios rojos y amarillos en las ventanas, debía ser una casa familiar propiedad de algún conquistador al menos desde hacía cincuenta años. Se veía vieja y descuidada.

La calle estaba desierta. Al acercarse a tocar la aldaba del portón, percibió el olor de los cirios y las flores amarillas, fácilmente reconocibles una vez que uno ha asistido a un velorio. O a muchos, como era su caso. Ana enfiló hacia el pasillo después de que un mozo le abriera la puerta, hacia donde se escuchaba el murmullo de voces. Al menos, pensó divertida, la viuda había tenido el buen tino de celebrar el funeral en los

bajos del edificio y no en el piso de arriba. Ana detestaba subir escaleras.

*

En un rincón del patio, bajo una arcada, estaban Gerónima, Isabel, María de Espinosa y algunas otras viudas que Ana conocía bien. Miró a su alrededor, con discreción y bajo el velo de encaje para ubicarse en la casa. Habían colocado el ataúd en el centro del patio, donde se agrupaban los dolientes. Las macetas de buganvillas salpicaban de color la masa de personas vestidas de negro que susurraban en pequeños corrillos. La nueva viuda estaba delante del cajón de madera, con la mirada fija en la cara de desinterés del difunto. A su lado, un joven alto y guapo se asomaba al féretro y una muchacha, que le pareció hermosa, se secaba las lágrimas con un pañuelo bordado. Aquellos debían de ser los hijos del muerto, pensó Ana, dudando entre ir e interrumpir a los familiares para dar el pésame o esperar un mejor momento. Se decidió por lo primero. Si al rato comenzaban una misa, un rosario o las plañideras con sus desmanes, lo tendría complicado. Tomó aire y se dirigió hacia el cajón. Resopló con cautela; todos los ataúdes y todos los muertos eran iguales. Tanto que parecían el mismo.

*

—Lo siento mucho, doña Paula. Reciba usted mis condolencias y que Dios, Nuestro Señor, le mande pronta resignación a su pena. —Ana habló en voz baja, detrás de la nueva viuda.

Paula se giró, pero no pareció reconocer a quien le hablaba. Asintió sin abrir la boca. Jugeteaba con sus manos sin guantes. Ana fijó la vista en las manos de aquella mujer. Eran blancas y sin pecas.

—Ana de Herrera, viuda de Diego Garrido, que Dios guarde —dijo con suavidad y una pequeña sonrisa.

Ana de Herrera. Sí, Paula la recordaba de otro velorio. Había sido el primero al que había asistido con Bernardo, creía recordar, hacía unos tres o cuatro años, tal vez más. La mujer inclinó la cabeza y se alejó. Paula volvió a concentrarse en el envoltorio de lo que había sido su marido durante muchos años. La piel de su cara parecía delgada y su expresión era suave, a pesar de que ella sabía que no lo había sido. Lo mismo le sucedía respecto al pelo y la barba, tan peinados. Las manos, entrelazadas, sujetaban un rosario sobre el pecho que, por momentos, parecía subir y bajar. Paula no podía apartar la mirada de aquella visión que parecía jugar con su mente. Cerraba los ojos e intentaba buscar un punto que no se moviera para poder asirse de algo, porque estaba convencida de que en cualquier momento Bernardo abriría los ojos y se levantaría. Parecía tan vivo... como si estuviera dormido. Paula nunca había visto un muerto que pareciera burlarse de ella. Cuando fijaba la vista en su cara, juraría que Bernardo le sonreía, con sorna, desde donde parecía descansar. Pensó que estaba volviéndose loca. Pero no quería quitarle la vista de encima, si acaso el difunto se decidía por fin a abrir los ojos o a tomarla de la mano.

*

—¡Figúrese usted! Al parecer, ni tiempo tuvo de recibir la absolución, ni la extremaunción ni el viático de la comunión...

—La mujer se persignó, bajando la voz.

—¡Dios santísimo se apiade de su alma! —repuso otra, persignándose también.

—Pues no es tan raro. Mi esposo, que en paz descanse, también murió de sopetón. No le dio tiempo de nada. Tosió y se quedó quieto —añadió una mujer mayor, mientras se

alisaba los cabellos con todo y velo. Por debajo, unos ojos azules parecían sonreír.

—¿De verdad, doña Gerónima?

—Como se lo cuento, doña Isabel. Pero ya ve que dicen que los hombres que mueren así pasan poco tiempo en el purgatorio, si acaso dejaron asuntos pendientes. Por eso es que rezaremos durante tantos meses, para ayudarlos a llegar al cielo. Tengo entendido que don Bernardo cumplía con sus obligaciones; quiero decir, se confesaba con regularidad, según dicen, iba a misa, porque allí le veíamos y no debió dejar asuntos atrasados, hemos de confiar. No crea, si me ponen a elegir, yo me quisiera morir así. Hay quienes padecen durante meses y lo peor, lo que le hacen pasar a quienes los cuidan, aunque claro, una ofrece sus sufrimientos al Señor. ¿No cree?

Isabel asintió. Claro que estaba de acuerdo. Su difunto marido, que descansara en el infierno, se había quedado mudo, tieso y babeando durante varios meses. Y ella tuvo que cuidarlo, como si de verdad le importara lo que ocurriera con él, como si lo quisiera o como si lo hubiera querido alguna vez. Lo que la ocupaba en aquel entonces era que todo el mundo viera lo buena mujer que ella era. No podría confesarlo, ni a quien conocía sus secretos pecaminosos, pero aquellos días pedía a Dios que se llevara a su marido, o lo que quedaba de él, lo más pronto posible, ya que no tenía probabilidad de recuperarse. Se lo dijo el médico el día que lo encontró en el suelo, inmóvil, excepto por los ojos, que bailaban asustados. Ella tuvo que esperar casi un año para confirmar lo de la muerte «inminente». De lástima pasó a tenerle desprecio, porque la había obligado a hacerse cargo no solo de la casa, sino también del taller de impresión. Cosa que después había tenido que agradecerle a su retrato, cada vez que lo veía ahí, quieto, colgado en la pared y cuando le daban ganas de hablar con alguien que sí supiera la verdad que guardaba dentro.

Imaginaba que él le contestaba cuando ella le hacía preguntas... Isabel perdió el hilo de lo que las demás decían, hasta que una frase captó su atención.

—... yo, pues la veo tranquila. Quiero decir, parece tener mucha entereza...

—Pues ya le digo, doña Ana, que cuando a una la muerte la coge por sorpresa, pues no reacciona, ¿o no? Ya tendrá tiempo doña Paula de asimilar lo que está ocurriendo. Además, ha debido de estar muy ocupada. Usted bien sabe, como lo sabemos aquí todas, lo que significa organizar un velorio. Recuerdo cuando murió mi Pablos: hay que ver lo de la limpieza del cadáver, mandar recado a cuanta gente se pueda, organizar el entierro, el papeleo, la misa de cuerpo presente, el responso...

—Y ahora peor. Sin oficiales, ya se sabe... Porque no termina de llegar Su Excelencia. Antes que porque sin nombramiento no se podía, ahora que porque arribó ya, desde hace un mes, el señor virrey a la Villa Rica de la Vera Cruz, junto con toda la comitiva; por lo menos eso dijeron los que se supone que saben. A saber si sea verdad y, si es así, quién sabe cuánto falta para que entre en la ciudad. Nos tendremos que enterrar, dar cuenta, digo yo, porque levantarán arcos y templetas, ¿no creen? No se comprende que tarde tanto en llegar a la ciudad, ¡el puerto está a un par de semanas! Y, mientras tanto, aquí todo detenido.

—¡Y que lo diga usted, doña Isabel! A ver ahora cómo nos reparte el asunto de los atrasos en las liberaciones de las aduanas. Estuve de visita la semana pasada con el licenciado Pérez, el de los albañales, pero se negó a estampar los sellos. Dice que espera instrucciones porque con toda seguridad el virrey hará nombramientos pasadas las ceremonias del recibimiento...

—Paciencia, señoras, paciencia. Todo se andará. —Gerónima siempre parecía poner orden. Era la mayor de aquel extraño grupo y las demás la respetaban, lo mismo que a su criterio—. ¿Se sabe ya dónde serán las exequias? He de supo-

ner que en el convento de la Tercera Orden de San Francisco. Ahí están los restos de Juan, que en paz descanse.

—Y los de mi Juan, que Dios también guarde.

—También los de mi difunto Diego, que esté sentado a la mesa del Padre. Es la cripta de los impresores y no imagino que lo depositen en otro lugar, ¿no creen ustedes? Me queda de consuelo que descansarán juntos para toda la eternidad, tan unidos que fueron en vida. —Ana sonreía de manera disimulada, pero no tanto como para que las demás dejaran de percibir el sarcasmo en su comentario.

—Pues a mí, que el convento lo hayan montado encima de un parque de animales sigue sin parecerme adecuado. —Isabel alisaba los puños de lana negra, limpiándolos uno contra otro. Había mirado con envidia que Ana, tan solo un poco más joven que ella, llevaba un cuello y unos puños de algodón blanco bordado y almidonado, con puntas de bolillo. Había sentido el pinchazo de la envidia nada más verla llegar, tarde como siempre. Estaba convencida de que lo hacía para llamar la atención.

—Estoy segura de que los frailes habrán rociado suficiente agua bendita sobre el solar... el convento tiene ya más de cien años, doña Isabel. —Gerónima dio un golpe de abanico. Era negro, de madera y hueso, y pintado a mano con algo que seguramente sería pan de oro. Parecía nuevo, porque nunca se lo habían visto.

—No me diga, doña Gerónima, que esta belleza pertenece al embarque que llegó de Sevilla, con la comitiva del virrey. —Ana había bajado la voz y se acercó a admirar el abanico.

María de Espinosa se había quedado callada, sin intervenir. Parecía distraída y nadie quiso interrumpirla. Isabel iba a contestar algo que pareciera adecuado, cuando un murmullo enmudeció el ambiente. Unos oficiales de la Santa Inquisición se presentaron en el patio y se detuvieron delante del cajón del muerto, un par de pasos detrás de la viuda, que ni pa-

reció darse cuenta. La gente se preguntaba si estaban allí para dar el pésame o para arrestar a alguien. Con los del Santo Oficio nadie estaba seguro de nada.

*

El rezo del rosario avanzaba despacio y la gente contestaba de manera automática, sin pensar en lo que repetía. A pesar de tener a más de cincuenta personas a su alrededor, solo se escuchaban los responsorios de unas veinte. Paula nunca habría imaginado que llegaría a envidiarlas. Las conocía a todas, porque, claro, eran las esposas de los impresores de la ciudad, que poco a poco se fueron convirtiendo en viudas, una detrás de otra. Había asistido a los velorios, como debía ser, pero hasta hacía poco no había pensado en ellas, ese grupo de cuervos que cuchicheaban, simulando responder a los misterios dolorosos. No lo había notado antes, pero permanecían aisladas, guareciéndose unas a otras y, de alguna manera, así las veía cuando pensaba en ellas. Contó a siete viudas de impresores, tres de ellas hablando por encima del resto, empezando a imaginar lo que sería su vida a partir de ese día, como una de *ellas*, vestida de negro hasta el fin de sus días. ¿Cuánto tiempo era para siempre? No había reparado, hasta ese momento, en que tendría que donar sus vestidos a su hija para que los modificaran, pasado el año de luto. ¡Faltaba tanto tiempo! Desde ese momento estaba condenada a comprar varas de tela negra, al igual que ellas, y tal vez, cuellos y puños de encaje blanco, lo mismo que algunas de ellas. Porque eso era lo que ahora le pertenecía, igual que a todas las viudas de la ciudad y del mundo. Ahora formaba parte de ellas, aunque no quisiera. Esperaba que nadie notara que no lloraba. Se frotó las manos una contra otra, como si se las estuviera lavando.